

## **AD DIEM ILLUM LAETISSIMUM**

ENCÍCLICA DEL PAPA PÍO X  
SOBRE LA INMACULADA CONCEPCIÓN  
A LOS PATRIARCAS, PRIMATES, ARZOBISPOS,  
OBISPOS Y OTROS ORDINARIAS  
EN PAZ Y COMUNIÓN CON EL SEADO APOSTÓLICO

*Hermanos Venerables,  
Salud y la Bendición Apostólica.*

Un intervalo de unos pocos meses traerá de nuevo ese día más feliz en el que, hace cincuenta años, Nuestro Predecesor Pío IX, Pontífice de santa memoria, rodeado de una noble corona de Cardenales y Obispos, pronunció y promulgado con la autoridad del magisterio infalible como una verdad revelada por Dios de que la Santísima Virgen María en el primer instante de su concepción estaba libre de toda mancha de pecado original. Todo el mundo conoce los sentimientos con los que los fieles de todas las naciones de la tierra recibieron esta proclamación y las manifestaciones de satisfacción pública y alegría que la saludaron, porque verdaderamente no ha habido en la memoria del hombre ninguna expresión más universal o más armoniosa del sentimiento mostrado hacia la augusta Madre de Dios o el Vicario de Jesucristo.

2. Y, Venerables Hermanos, ¿por qué no deberíamos esperar hoy, después del lapso de medio siglo, cuando renovemos la memoria de la Virgen Inmaculada, que se despierte un eco de esa santa alegría en nuestras mentes, y que se repitan esas magníficas escenas de un día lejano, de fe y de amor hacia la augusta Madre de Dios? De todo esto, estamos, de hecho, ardientemente deseosos por la devoción, unidos con la suprema gratitud por los beneficios recibidos, que siempre hemos apreciado hacia la Santísima Virgen; y tenemos una promesa segura de la realización de Nuestros deseos en el fervor de todos los católicos, dispuestos y dispuestos a multiplicar sus testimonios de amor y reverencia por la gran Madre de Dios. Pero no debemos omitir decir que este deseo Nuestro está especialmente estimulado por una especie de instinto secreto que nos lleva a considerar como no muy lejano el cumplimiento de esas grandes esperanzas a las que, ciertamente no precipitadamente, la promulgación solemne del dogma de la Inmaculada Concepción abrió las mentes de Pío, Nuestro predecesor, y de todos los obispos del universo.

3. Muchos, es cierto, lamentan el hecho de que hasta ahora estas esperanzas no se han cumplido, y son propensos a repetir las palabras de Jeremías: "Buscíamos la paz y no vino nada bueno; por un tiempo de curación, y vimos el miedo" (*Jer. viii., 15*). Pero todos ellos serán ciertamente reprendidos como "hombres de poca fe", que no hacen ningún esfuerzo por penetrar las obras de Dios o estimarlas a la luz de la verdad. Porque, ¿quién puede contar los dones secretos de gracia que Dios ha

otorgado a Su Iglesia a través de la intercesión de la Santísima Virgen a lo largo de este período? E incluso pasando por alto estos dones, ¿qué se puede decir del Concilio Vaticano tan oportunamente convocado; o del dogma de la infalibilidad papal tan convenientemente proclamado para cumplir con los errores que estaban a punto de surgir; o, finalmente, de ese fervor nuevo y sin precedentes con el que los fieles de todas las clases y de todas las naciones han estado acudiendo durante mucho tiempo para venerar en persona al Vicario de Cristo? Seguramente la Providencia de Dios se ha mostrado admirable en Nuestros dos predecesores, Pío y León, que gobernaron la Iglesia en los tiempos más turbulentos con una santidad tan grande a través de una longitud de Pontificado no concedida a ningún otro antes que ellos. Entonces, de nuevo, tan pronto como Pío IX, había proclamado como un dogma de fe católica la exención de María de la mancha original, la propia Virgen comenzó en Lourdes esas maravillosas manifestaciones, seguidas de los vastos y magníficos movimientos que han producido esos dos templos dedicados a la Madre Inmaculada, donde los prodigios que aún continúan teniendo lugar a través de su intercesión proporcionan espléndidos argumentos contra la incredulidad de nuestros días.

4. Testigos, entonces, como somos de todos estos grandes beneficios que Dios ha concedido a través de la influencia benigna de la Virgen en esos cincuenta años que ahora están a punto de completarse, ¿por qué no deberíamos creer que nuestra salvación está más cerca de lo que pensábamos? Más aún porque sabemos por experiencia que, en la dispensación de la Divina Providencia, cuando los males alcanzan su límite, la liberación no está muy lejos. "Su tiempo está a la mano, y sus días no se prolongarán. Porque el Señor tendrá misericordia de Jacob y elegirá uno de Israel" (*Isaias xiv.*, 1). Por lo tanto, la esperanza que apreciamos no es vana, para que nosotros también podamos repetir en poco tiempo: "El Señor ha roto el bastón de los malvados, la vara de los gobernantes. Toda la tierra está tranquila y quieta, está contenta y se ha regocijó" (*Ibíd.* 5, 7).

5. Pero la primera y principal razón, Venerables Hermanos, por la que el cincagésimo aniversario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción debería excitar un fervor singular en las almas de los cristianos radica para nosotros en esa restauración de todas las cosas en Cristo que ya hemos establecido en Nuestra primera carta encíclica. Porque, ¿puede alguien no ver que no hay un camino más seguro o más directo que el de María para unir a toda la humanidad en Cristo y obtener a través de Él la adopción perfecta de hijos, para que podamos ser santos e inmaculados ante los ojos de Dios? Porque si a María se le dijera de verdad: "Bata eres tú que has creído porque en ti se cumplirán las cosas que te han dicho el Señor" (*Lucas i.*, 45); o en otras palabras, que ella concebiría y daría a luz al Hijo de Dios y si ella recibiera en su seno a Aquel que es por naturaleza la Verdad misma para que "Él, generado en un nuevo orden y con una nueva natividad, aunque invisible en Sí mismo, se haga visible en nuestra carne" (San. Leo el Grande, Ser. 2, *De Nativ. Dom.*): el Hijo de Dios hizo hombre, siendo el "autor y consumidor de nuestra fe"; seguramente se deduce que Su Madre Santísima debe ser reconocida como participante en los misterios divinos y como de una manera el guardián de ellos, y que sobre ella como sobre un fundamento, el más noble después de Cristo, se levanta el edificio de la fe de todos los siglos.

6. ¿Cómo piensas lo contrario? ¿No podría Dios habernos dado, de otra manera que a través de la Virgen, la Redentora de la raza humana y la Fundadora de la Fe? Pero, dado que la Divina Providencia

ha estado complacida de que tengamos al Hombre-Dios a través de María, quien lo concibió por el Espíritu Santo y lo llevó en su seno, solo nos queda recibir a Cristo de las manos de María. Por lo tanto, cada vez que las Escrituras hablan proféticamente de la gracia que iba a aparecer entre nosotros, el Redentor de la humanidad se nos presenta casi invariablemente como unido a Su madre. El Cordero que va a gobernar el mundo será enviado, pero será enviado desde la roca del desierto; la flor florecerá, pero florecerá desde la raíz de Jesse. Adán, el padre de la humanidad, miró a María aplastando la cabeza de la serpiente, y secó las lágrimas que la maldición le había traído a los ojos. Noë pensó en ella cuando estaba encerrada en el arca de la seguridad, y Abraham cuando se le impidió matar a su hijo; Jacob al ver la escalera sobre la que los ángeles ascendieron y descendieron; Moisés se sorprendió al ver el arbusto que se quemó pero no se consumió; David escoltando el arco de Dios con baile y salmodia; Elías mientras miraba la pequeña nube que se levantó del mar. En fin, después de Cristo, encontramos en María el fin de la ley y el cumplimiento de las figuras y los oráculos.

7. Y que a través de la Virgen, y a través de ella más que por cualquier otro medio, nos hemos ofrecido una manera de alcanzar el conocimiento de Jesucristo, no se puede dudar cuando se recuerda que con ella sola de todos los demás Jesús estuvo unido durante treinta años, como un hijo generalmente está unido con una madre, en los lazos más cercanos de la intimidad y la vida doméstica. ¿Quién podría mejor que Su Madre tener un conocimiento abierto de los admirables misterios del nacimiento y la infancia de Cristo, y sobre todo del misterio de la Encarnación, que es el comienzo y el fundamento de la fe? María no solo preservó y meditó sobre los acontecimientos de Belén y los hechos que tuvieron lugar en Jerusalén en el Templo del Señor, sino que también compartió como lo hizo los pensamientos y los deseos secretos de Cristo, se puede decir que vivió la vida misma de su Hijo. Por lo tanto, nadie conoció a Cristo tan profundamente como ella, y nadie puede ser más competente como guía y maestro del conocimiento de Cristo.

8. De ahí que, como ya hemos señalado, la Virgen es más poderosa que todas las demás como medio para unir a la humanidad con Cristo. Por lo tanto también, ya que, según Cristo mismo, "Ahora esta es vida eterna: para que te conozcan el único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien enviaste" (*Juan xvii, 3*), y como es a través de María que alcanzamos el conocimiento de Cristo, a través de María también obtenemos más fácilmente esa vida de la cual Cristo es la fuente y el origen.

9. Y si nos ponemos a considerar cuántas y poderosas son las causas por las que esta Santísima Madre está llena de celo por otorgarnos estos preciosos dones, ¡oh, cómo se ampliarán nuestras esperanzas!

10. ¿No es María la Madre de Cristo? Entonces ella también es nuestra madre. Y en verdad debemos sostener que Cristo, la Palabra hecha Carne, también es el Salvador de la humanidad. Tenía un cuerpo físico como el de cualquier otro hombre: y de nuevo como Salvador de la familia humana, tenía un cuerpo espiritual y místico, la sociedad, a saber, de aquellos que creen en Cristo. "Somos muchos, pero un solo cuerpo en Cristo" (*Rom. xii., 5*). Ahora bien, la Santísima Virgen no concibió al Hijo Eterno de Dios simplemente para que pudiera ser hecho hombre quitando su naturaleza humana de ella, sino también para que por medio de la naturaleza asumida de ella pudiera ser el Redentor de los

hombres. Por qué el Ángel dijo a los pastores: "A día de hoy ha nacido para vosotros un Salvador que es Cristo el Señor" (*Lucas II, 11*). Por lo tanto, en el mismo seno santo de su más casta Madre, Cristo se tomó carne y se unió a sí mismo el cuerpo espiritual formado por aquellos que iban a creer en Él. Por lo tanto, se puede decir que María, llevando al Salvador dentro de ella, también llevó a todos aquellos cuya vida estaba contenida en la vida del Salvador. Por lo tanto, todos los que estamos unidos a Cristo, y como dice el Apóstol somos miembros de Su cuerpo, de Su carne y de Sus huesos (*Efes. v., 30*), hemos salido del vientre de María como un cuerpo unido a su cabeza. Por lo tanto, aunque de manera espiritual y mística, todos somos hijos de María, y ella es la madre de todos nosotros. Madre, espiritualmente, de hecho, pero verdaderamente Madre de los miembros de Cristo, que somos nosotros (S. Agosto. L. de S. Virginitate, c. 6).

11. Si entonces la Virgen más Santísima es la Madre a la vez de Dios y de los hombres, ¿quién puede dudar de que trabajará con toda diligencia para procurar que Cristo, Jefe del Cuerpo de la Iglesia (*Colos. i. i., 18*), pueda transfundir Sus dones a nosotros, a Sus miembros, y, sobre todo, a los de conocerlo y vivir a través de Él (*I Juan iv., 9*)?

12. Además, no solo era prerrogativa de la Santísima Madre haber proporcionado el material de Su carne al Único Hijo de Dios, que iba a nacer con miembros humanos (S. Bede Ven. L. Iv. en *Luc. xl.*), de cuyo material se debe preparar la Víctima para la salvación de los hombres; pero la de ella también era la oficina de cuidar y nutrir a esa Víctima, y en el momento señalado presentarle para el sacrificio. De ahí esa comunidad ininterrumpida de la vida y las labores del Hijo y de la Madre, para que de ambos se hayan pronunciado las palabras del salmista: "Mi vida se consume en el dolor y mis años en gemidos" (*Sal xxx., 11*). Cuando llegó la hora suprema del Hijo, junto a la Cruz de Jesús estaba María Su Madre, no solo ocupada contemplando el cruel espectáculo, sino regocijándose de que su Hijo Único fue ofrecido para la salvación de la humanidad, y participando por completo en Su Pasión, que si hubiera sido posible, ella hubiera soportado con gusto todos los tormentos que su Hijo había soportado (S. Bonav. 1. Enviado el 48 d., *ad Litt. dub. 4*). Y de esta comunidad de voluntad y sufrimiento entre Cristo y María, ella merecía convertirse en la más digna de la Reparatrix del mundo perdido (Eadmeri Mon. *De Excellentia Virg. Mariae*, c. 9) y Dispensadora de todos los regalos que Nuestro Salvador nos compró por Su Muerte y por Su Sangre.

13. Por supuesto, no se puede negar que la dispensación de estos tesoros es el derecho particular y peculiar de Jesucristo, ya que son el fruto exclusivo de Su Muerte, que por Su naturaleza es el mediador entre Dios y el hombre. Sin embargo, por esta compañía en el dolor y el sufrimiento ya mencionado entre la Madre y el Hijo, se ha permitido que la Augusta Virgen sea la mediadora y defensora más poderosa del mundo entero con su Hijo Divino (Pío IX. *Ineffabilis*). La fuente, entonces, es Jesucristo "de cuya plenitud todos hemos recibido" (*Juan i., 16*), "de quien todo el cuerpo, siendo compactado y unido en forma adecuada por lo que cada articulación suplica, de acuerdo con la operación en la medida de cada parte, hace que el cuerpo aumente hasta la edificación de sí mismo en caridad" (*Efesios iv., 16*). Pero María, como St. Bernard comenta con justicia, es el canal (Serm. de temp en el Nativ. B. V. *De Aquaeductu* n. 4); o, si se quiere, la parte de conexión cuya función es unir el cuerpo a la cabeza y transmitir al cuerpo las influencias y voliciones de la cabeza - Nos referimos al cuello. Sí, dice St. Bernardino de Sienna, "ella es el cuello de Nuestra

Cabeza, por el cual Él comunica a Su cuerpo místico todos los dones espirituales" (Quadrag. de Evangel. aetern. *Serm.* x., a. 3, c. iii.).

14. Entonces, se verá, muy lejos de atribuir a la Madre de Dios un poder productivo de gracia, un poder que pertenece solo a Dios. Sin embargo, dado que María lo lleva todo en santidad y unión con Jesucristo, y ha sido asociada por Jesucristo en la obra de redención, ella merece para nosotros *de congruo*, en el lenguaje de los teólogos, lo que Jesucristo merece para nosotros *de condigno*, y ella es la ministra suprema de la distribución de las gracias. Jesús "se siente a la derecha de la majestad en lo alto" (*hebreos* i. b.). María se aso a la diestra de su Hijo, un refugio tan seguro y una ayuda tan confiable contra todos los peligros que no tenemos nada que temer o de lo que desesperar bajo su guía, su patrocinio, su protección. (Pío IX en Bull *Ineffabilis*).

15. Estos principios establecidos, y para volver a nuestro diseño, que no verá que hemos reclamado con buena razón para María que - como la compañera constante de Jesús desde la casa de Nazaret hasta la altura del Calvario, como más allá de todos los demás iniciados a los secretos de su Corazón, y como la distribuidora, por derecho de su Maternidad, de los tesoros de Sus méritos, - ella es, por todas estas razones, una ayuda muy segura y eficaz para nosotros para llegar al conocimiento y el amor de Jesucristo. ¡Esos, por desgracia! proporcionarnos por su conducta una prueba perentoria de ello, que seducidos por las artimañas del demonio o engañados por falsas doctrinas piensan que pueden prescindir de la ayuda de la Virgen. ¡Desafortunados son los que descuidan a María con el pretexto del honor de ser pagados a Jesucristo! ¡Como si el Niño pudiera encontrarse en otro lugar que con la Madre!

16. En estas circunstancias, Venerables Hermanos, es este fin el que todas las solemnidades que se están preparando en todas partes en honor a la Santa e Inmaculada Concepción de María deberían tener en mente. Ningún homenaje es más agradable para ella, ninguno es más dulce para ella de lo que deberíamos conocer y amar de verdad a Jesucristo. Entonces, que las multitudes llenen las iglesias - que se celebren fiestas solemnes y se hagan regocijos públicos: estas son cosas eminentemente adecuadas para animar nuestra fe. Pero a menos que se añada el corazón y se añada, todos serán formas vacías, meras apariencias de piedad. En tal espectáculo, la Virgen, tomando prestadas las palabras de Jesucristo, se dirigiría a nosotros con el justo reproche: "Este pueblo me honra con sus labios, pero su corazón está lejos de mí" (*Mate.* xv., 8).

17. Para ser justo y bueno, la adoración de la Madre de Dios debe brotar del corazón; los actos del cuerpo no tienen aquí ni utilidad ni valor si los actos del alma no tienen parte en ellos. Ahora, estos últimos solo pueden tener un objeto, que es que debemos llevar a cabo plenamente lo que el divino Hijo de María ordena. Porque si el amor verdadero solo tiene el poder de unir las voluntades de los hombres, es de la primera necesidad que tengamos una voluntad con María para servir a Jesús nuestro Señor. Lo que esta virgen más prudente dijo a los siervos en la fiesta de bodas de Caná, ella también se dirige a nosotros: "Lo que él os diga, haced vosotros" (*Juan* II, 5). Aquí está la palabra de Jesucristo: "Si entras en la vida, guarda los mandamientos" (*Mateo* xix., 17). Que cada uno de ellos se convenza completamente de esto, que si su piedad hacia la Santísima Virgen no le impide pecar, o no mueve su voluntad para enmendar una vida malvada, es una piedad engañosa e Iying, queriendo

como está en el efecto adecuado y su fruto natural.

18. Si alguien desea una confirmación de esto, se puede encontrar fácilmente en el dogma de la Inmaculada Concepción de María. Por dejar de lado la tradición que, así como la Escritura, es una fuente de verdad, ¿cómo ha parecido esta persuasión de la Inmaculada Concepción de la Virgen tan conformada a la mente y el sentimiento católicos que se ha mantenido como una, y como si fuera innato en el alma de los fieles? "Nos alejamos de decir", es la respuesta de Dionisio de Chartreux, "de esta mujer que iba a aplastar la cabeza de la serpiente que había sido aplastada por él y de esa Madre de Dios que alguna vez había sido una hija del Malvado" (*Sent.* d. 3, q. 1). No, para la inteligencia cristiana la idea es impensable de que la carne de Cristo, santa, inoxidable, inocente, se formó en el vientre de María de una carne que alguna vez, aunque solo fuera por el momento más breve, se había contraído alguna mancha. ¿Y por qué, pero porque una oposición infinita separa a Dios del pecado? Ciertamente, allí tenemos el origen de la convicción común a todos los cristianos de que Jesucristo antes, vestido de naturaleza humana, nos limpió de nuestros pecados en su sangre, concedió a María la gracia y el privilegio especial de ser preservada y exenta, desde el primer momento de su concepción, de toda mancha de pecado original.

19. Si entonces Dios tiene tal horror de pecado como para haber estado obligado a mantener libre a la futura Madre de Su Hijo no solo de las manchas que se contraen voluntariamente, sino, por un favor especial y en previsión de los méritos de Jesucristo, de esa otra mancha de la cual el triste signo se transmite a todos nosotros, hijos de Adán, por una especie de herencia desafortunada: que puede dudar de que es un deber para todos los que buscan por su homenaje ganar el corazón de María para corregir sus hábitos viciosos y depravados y someter las pasiones ¿Qué lo incita al mal?

20. Además, quienquiera que desee, y nadie no debería desearlo, que su devoción sea digna de ella y perfecta, debe ir más allá y esforzarse por imitar su ejemplo. Es una ley divina que aquellos que solo alcanzan la felicidad eterna que tienen, por tales seguidores fieles, han reproducido en sí mismos la forma de la paciencia y la santidad de Jesucristo: "para quien Él supo, también predestinó ser conforme a la imagen de Su Hijo; para que Él pudiera ser el primogénito entre muchos hermanos" (*Romans* viii., 29). Pero tal en general es nuestra enfermedad que nos desanima fácilmente la grandeza de tal ejemplo: por la providencia de Dios, sin embargo, se nos propone otro ejemplo, que es tan cercano a Cristo como la naturaleza humana lo permite, y más cerca de estar de acuerdo con la debilidad de nuestra naturaleza. Y esto no es otro que la Madre de Dios. "Tal era María", señala muy pertinentemente St. Ambrosio, "que su vida es un ejemplo para todos". Y, por lo tanto, concluye con razón: "Tend entonces ante vuestros ojos, como imagen, la virginidad y la vida de María de quien como espejo brilla el resplandor de la castidad y la forma de virtud" (*De Virginib.* L. ii., c. ii.)

21. Ahora bien, si se convierte en niños no omitir la imitación de ninguna de las virtudes de esta Santísima Madre, deseamos que los fieles se apliquen por preferencia a las principales virtudes que son, por así decirlo, los nervios y las articulaciones de la vida cristiana: nos referimos a la fe, la esperanza y la caridad hacia Dios y nuestro prójimo. De estas virtudes, la vida de María lleva en todas sus fases el carácter brillante; pero alcanzaron su más alto grado de esplendor en el momento en que ella estaba al lado de su Hijo moribundo. Jesús es clavado en la cruz, y la maldición es arrojada contra

Él que "Se hizo el Hijo de Dios" (*Juan xix., 7*). Pero ella incesantemente reconoció y adoró la divinidad en Él. Ella llevó su cadáver a la tumba, pero nunca dudó ni por un momento de que Él se levantaría de nuevo. Entonces el amor de Dios con el que quemó la convirtió en participante en los sufrimientos de Cristo y en la asociada en Su pasión; además, con él, como olvidada de su propio dolor, oró por el perdón de los verdugos, aunque en su odio gritaron: "Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos" (*Mateo xxvii., 25*).

22. Pero para que no se piense que hemos perdido de vista nuestro sujeto, que es la Inmaculada Concepción, qué gran y efectivo socorrerá en él para la preservación y el desarrollo correcto de esas mismas virtudes. ¿Cuál es realmente el punto de partida de los enemigos de la religión para la siembra de los grandes y graves errores por los que se sacude la fe de tantos? Comienzan negando que el hombre haya caído por el pecado y haya sido derribado de su posición anterior. Por lo tanto, consideran como meras fábulas el pecado original y los males que fueron su consecuencia. La humanidad vicia en su fuente viciar a su vez a toda la raza del hombre; y así se introdujo el mal entre los hombres y la necesidad de un Redentor involucrado. Todo esto rechazado, es fácil entender que no queda lugar para Cristo, para la Iglesia, para la gracia o para cualquier cosa que esté por encima y más allá de la naturaleza; en una palabra, todo el edificio de la fe se sacude de arriba a abajo. Pero que la gente crea y confiesa que la Virgen María ha sido preservada de toda mancha desde el primer momento de su concepción; y es directamente necesario que admitan tanto el pecado original como la rehabilitación de la raza humana por Jesucristo, el Evangelio, la Iglesia y la ley del sufrimiento. En virtud de este racionalismo y materialismo es desgarrado por las raíces y destruido, y le queda a la sabiduría cristiana la gloria de tener que guardar y proteger la verdad. Además, es un vicio común a los enemigos de la fe de nuestro tiempo, especialmente que repudien y proclamen la necesidad de repudiar todo respeto y obediencia a la autoridad de la Iglesia, e incluso de cualquier poder humano, en la idea de que, por lo tanto, será más fácil poner fin a la fe. Aquí tenemos el origen del anarquismo, que nada es más pernicioso y pestilente para el orden de las cosas, ya sean naturales o sobrenaturales. Ahora esta plaga, que es igualmente fatal para la sociedad en general y para el cristianismo, encuentra su ruina en el dogma de la Inmaculada Concepción por la obligación que impone de reconocer en la Iglesia un poder ante el cual no solo tiene la voluntad de inclinarse, sino la inteligencia para someterse. Es a partir de una sujeción de la razón de este tipo que el pueblo cristiano canta así la alabanza de la Madre de Dios: "Tú eres todo justo, oh María, y la mancha del pecado original no está en ti". (*Mass of Immac. Concep.*) Y así, una vez más, se justifica lo que la Iglesia atribuye a esta augusta Virgen que ha exterminado a todas las herejías del mundo.

23. Y si, como declara el Apóstol, la fe no es más que la sustancia de las cosas que hay que esperar" (*Hebreo xi. 1*), todo el mundo permitirá fácilmente que nuestra fe sea confirmada y nuestra esperanza despertada y fortalecida por la Inmaculada Concepción de la Virgen. La Virgen se mantuvo más libre de toda mancha de pecado original porque iba a ser la Madre de Cristo; y era la Madre de Cristo para que la esperanza de la felicidad eterna pudiera nacer de nuevo en nuestras almas.

24. Dejando a un lado la caridad hacia Dios, ¿quién puede contemplar a la Virgen Inmaculada sin sentirse conmovido para cumplir ese precepto que Cristo llamó peculiarmente suyo, a saber, el de amarnos unos a otros como nos amó a nosotros? "Una gran señal", de ahí el Apóstol St. Juan describe

una visión divinamente que le envió, aparece en los cielos: "Una mujer vestida con el sol, y con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza" (*Apoc.* xii., 1). Todo el mundo sabe que esta mujer significaba la Virgen María, la que nodísima que dio a luz nuestra Cabeza. El Apóstol continúa: "Y, estando con una niña, lloró con dolor al nacer, y tenía dolor por ser entregada" (*Apoc.* xii., 2). Por lo tanto, Juan vio a la Santísima Madre de Dios ya en la felicidad eterna, pero trabajando en un misterioso parto. ¿Qué nacimiento fue? Seguramente fue el nacimiento de nosotros que, todavía en el exilio, aún no hemos sido generados para la perfecta caridad de Dios y la felicidad eterna. Y los dolores de nacimiento muestran el amor y el deseo con el que la Virgen del cielo de arriba nos vigila, y se esfuerza con una oración inqueable para lograr el cumplimiento del número de los elegidos.

25. Esta misma caridad que deseamos que todos se esfuercen seriamente por lograrla, tomando una ocasión especial de las fiestas extraordinarias en honor a la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen. ¡Oh, qué amarga y ferozmente está ahora siendo perseguido Jesucristo, y la religión más santa que fundó! ¡Y qué grave es el peligro que amenaza a muchos de ser arrastrados por los errores que están en todos los lados, al abandono de la fe! "Entonces que el que piensa que está de pie no se caiga" (*I Cor.* x., 12). Y que todos, con humilde oración y súplica, implore a Dios, a través de la intercesión de María, que los que han abandonado la verdad se arrepientan. Sabemos, de hecho, por experiencia que tal oración, nacida de la caridad y confiando en la Virgen, nunca ha sido en vano. Es cierto que incluso en el futuro la lucha contra la Iglesia nunca cesará, "por que también debe haber herejías, para que los que son reprobados también se manifiesten entre ustedes" (*I Cor.* xi., 19). Pero la Virgen tampoco dejará de socorrernos en nuestras pruebas, por graves que sean, y de continuar la lucha que ella ha librado desde su concepción, para que todos los días podamos repetir: "A día, la cabeza de la serpiente de antaño ha sido aplastada por ella" (*Office Immac. Con.*, 11. *Vísperas, Magnif.*).

26. Y para que las gracias celestiales nos ayuden más abundantemente de lo habitual durante este año en el que le pagamos su honor más pleno, a lograr la imitación de la Virgen, y para que así podamos asegurar más fácilmente Nuestro objeto de restaurar todas las cosas en Cristo, hemos decidido, siguiendo el ejemplo de Nuestros Predecesores al comienzo de sus Pontificados, conceder al mundo católico una indulgencia extraordinaria en forma de Jubileo.

27. Por lo tanto, confiando en la misericordia de Dios Todopoderoso y en la autoridad de los Beatos Apóstoles Pedro y Pablo, en virtud de ese poder de atar y de la muerte que, aunque indignos somos, el Señor nos ha dado, concedemos e impartimos la más indulgencia plenaria de todos sus pecados a los fieles, todos y varios de ambos sexos, que viven en esta Nuestra Amada Ciudad, o entrando en ella, que desde el primer domingo de Cuaresma, es decir, desde el 21 de febrero, hasta el segundo día de junio, la solemnidad del Sagrado Cuerpo de Cristo, inclusive, visitará tres veces una de las cuatro basílicas patriarcales, y allí durante algún tiempo orará a Dios por la libertad y la exaltación de la Iglesia Católica y esta Sede Apostólica, por la extirpación de las herejías y la conversión de todos los que están en error, por la concordia de los Príncipes Cristianos y la paz y unidad de todos los fieles, y de acuerdo con Nuestra intención; y que, dentro de dicho período, ayunarán una vez, usando solo una tarifa escasa, excepto los días no incluidos en el Indumentación de Cuaresma; y, después de confesar



sus pecados, recibirán el Santísimo Sacramento de la Eucaristía; y a todos los demás, dondequiera que estén, que viven fuera de esta ciudad, que, dentro del tiempo mencionado anteriormente o durante un espacio de tres meses, incluso no continuo, para ser nombrados definitivamente por los ordinarios de acuerdo con la conveniencia de los fieles, pero antes del octavo día de diciembre, visitarán tres veces la iglesia catedral, si hay una, o, si no, la iglesia parroquial; o, en ausencia de esto, la iglesia principal; y cumplirán devotamente las otras obras mencionadas anteriormente. Y al mismo tiempo permitimos que esta indulgencia, que solo se va a ganar una vez, se aplique en sufragio por las almas que han pasado de esta vida unidas en caridad con Dios.

28. Además, admitimos que los viajeros por tierra o mar pueden obtener la misma indulgencia en cuanto regresan a sus hogares, siempre que realicen los trabajos ya señalados.

29. A los confesores aprobados por sus respectivos ordinarios, otorgamos facultades para conmutar las obras anteriores ordenadas por nosotros para otras obras de piedad, y esta concesión será aplicable no solo a los regulares de ambos sexos, sino a todos los demás que no puedan realizar las obras prescritas, y también otorgamos facultades para dispensar de los niños de la Comunión que aún no han sido admitidos en ella.

30. Además, a los fieles, todos y varios, a los laicos y al clero, tanto seculares como regulares de todas las órdenes e institutos, incluso a aquellos que piden una mención especial, otorgamos permiso y poder, para este único objeto, para seleccionar a cualquier sacerdote regular o secular, entre los realmente aprobados (cuya facultad también pueden ser utilizada por monjas, novicias y otras mujeres que viven en el claustro, siempre que el confesor que seleccionen sea uno aprobado para las monjas) por quienes, cuando le hayan confesado dentro del tiempo prescrito con la intención de obtener el presente jubileo y cumplir con todos los demás obras necesarias para obtenerlo, pueden en esta única ocasión y solo en el foro de la conciencia ser absueltos de toda excomunión, suspensión y cualquier otra sentencia y censura eclesiástica pronunciadas o infligidas por cualquier causa por la ley o por un juez, incluidos los reservados a lo ordinario y a a Nosotros o a la Sede Apostólica, incluso en casos reservados de manera especial a cualquier persona y a nosotros y a la Sede Apostólica; y también pueden ser absueltos de todo pecado o exceso, incluso aquellos reservados a los propios ordinarios y a Nosotros y a la Sede Apostólica, sin embargo, con la condición de que se consiguió una penitencia saludable junto con las otras prescripciones de la ley, y en el caso de la herejía después de la abjuración y retractación del error como lo dicta la ley; y dichos sacerdotes pueden conmutar aún más a otras obras piadosas y saludables todos los votos, incluso aquellos tomados bajo juramento y reservados a la Sede Apostólica (excepto los de castidad, de religión y de obligaciones que han sido aceptadas por una tercera persona); y con dichos penitentes, incluso los regulares, en órdenes sagradas tales confesiones pueden prescindir de todas las irregularidades secretas contratado únicamente por la violación de las censuras que afectan al ejercicio de dichas órdenes y la promoción a órdenes superiores.

31. Pero no tenemos la intención de que las presentes Cartas nos dispensen de ninguna irregularidad, o de un delito o defecto, público o privado, contratado de ninguna manera a través de la notoriedad u otra incapacidad o incapacidad; ni tenemos la intención de derogar de la Constitución con su

declaración adjunta, publicada por Benedicto XIV, de buena memoria, que comienza con las palabras *Scramentum poenitentiae*; ni es nuestra intención que estas presentes Cartas puedan, o puedan, de ninguna manera beneficiar a aquellos que, por nosotros y la Sede Apostólica, o por cualquier juez eclesiástico, han sido excomulgados, suspendidos, interdictados o declarados bajo otras sentencias o censuras, o que hayan sido denunciados públicamente, a menos que lo hagan dentro del tiempo asignado satisfagan, o, cuando sea necesario, lleguen a un acuerdo con las partes interesadas.

32. A todo esto nos complace agregar que concedemos y queremos que todos conserven durante este tiempo de Jubileo el privilegio de obtener todas las demás indulgencias, sin excepción de las indulgencias plenarias, que han sido otorgadas por Nuestros Predecesores o por Nosotros mismos.

33. Cerramos estas cartas, Venerables Hermanos, manifestando de nuevo la gran esperanza que apreciamos seriamente que a través de este extraordinario regalo de Jubileo otorgado por nosotros bajo los auspicios de la Virgen Inmaculada, un gran número de aquellos que están infelizmente separados de Jesucristo puedan regresar a Él, y que el amor a la virtud y el fervor de la devoción puedan florecer de nuevo entre el pueblo cristiano. Hace cincuenta años, cuando Pío IX, proclamó como un artículo de fe la Inmaculada Concepción de la Santísima Madre de Cristo, parecía, como ya hemos dicho, como si se derramara una increíble riqueza de gracia sobre la tierra; y con el aumento de la confianza en la Virgen Madre de Dios, el viejo espíritu religioso del pueblo se incrementó en gran medida en todas partes. ¿Está prohibido esperar cosas aún mayores para el futuro? Es cierto que estamos pasando por tiempos desastrosos, en los que bien podemos hacer nuestro propio lamento del Profeta: "No hay verdad ni misericordia ni conocimiento de Dios en la tierra. La blasfemia y el homicidio, el robo y el adulterio lo han inundado" (*Os. iv.,1-2*). Sin embargo, en medio de este diluvio de mal, la Virgen Clemente se levanta ante nuestros ojos como un arco iris, como el árbitro de la paz entre Dios y el hombre: "Pondré mi arco en las nubes y será el signo de un pacto entre mí y entre la tierra" (*Génesis i.,13*). Deja que la tormenta se enfurezca y el cielo se oscurezca, no por eso nos consternarán. "Y el arco estará en las nubes, y lo veré y recordaré el pacto eterno" (*Ibído16*). "Y no habrá más aguas de inundación para destruir toda carne" (*Ibído15*). Oh, sí, si confiamos como deberíamos en María, ahora, especialmente cuando estamos a punto de celebrar, con más fervor de lo habitual, su Inmaculada Concepción, reconoceremos en ella a la Virgen más poderosa "que con el pie virginal aplastó la cabeza de la serpiente" (*Off. Immac. Conc.*).

34. En promesa de estas gracias, Venerables Hermanos, impartimos la Bendición Apostólica amorosamente en el Señor a ustedes y a su pueblo.

*Dado en Roma en St. Pedro está en el segundo día de febrero de 1904, en el primer año de Nuestro Pontificado.*

**PIUS X**

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana